

## TALLER EN LUGAR DE ESCUELA

LA RAZÓN. JUEVES 28 DE FEBRERO DE 2003

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

La revolución rusa cambió la organización jerárquica en los centros de enseñanza de las bellas artes. Esos cambios respondían a la misión social del arte en la ideología bolchevique. La obra artística no debía ser fruto de inspiraciones individuales, ni de habilidades innatas, sino un producto interdisciplinar que todos pudiesen aprender, como la ciencia y la técnica, en procesos artesanales de fabricación de objetos en serie. Las escuelas de arte se transformaron en Talleres estatales. Las Academias oficiales se unieron en una sola Academia de Ciencias artísticas. Se crearon centros de aprendizaje de Arte Tecnológico, Institutos de Arte, Parques Centrales de Cultura. El arte plástico se redujo a mera artesanía, a técnica constructiva de objetos estéticos para el consumo en masa.

En el mismo año de la revolución de octubre, Mondrian y un grupo de arquitectos holandeses pertenecientes a la izquierda calvinista crearon un movimiento artístico, De Stijl, basado en el suprematismo de la geometría de Malevich, con el propósito de producir un mismo tipo de arte plástico, al alcance de todo el mundo, que impidiera la reproducción del caos estético creado con la concepción tradicional de la obra de arte como fruto de la inventiva personal de cada artista. El anonimato lo garantizaban las reglas de la geometría y las matemáticas. Pues ellas solas dictaban los modos artísticos de expresar la armonía de la arquitectura profunda de la realidad urbana que emergería con la paz, tras la derrota del individualismo capitalista causante del conflicto bélico.

El final de la guerra trajo consigo dos fenómenos artísticos de signo contrario. Uno de ellos, espontáneo y destructivo, nació del grupo de pintores exilados en Zürich. Con el rebuscado nombre de «dadaísmo» (hotentotismo), aquellos artistas quisieron ridiculizar la hipocresía de los pilares patrióticos de la sociedad europea que habían hecho de la guerra su negocio. Su duración efímera y su sello caricatural no impidieron que reafirmaran la plástica figurativa y sentaran las bases iconográficas del surrealismo en el subconsciente onírico del artista, contra el arte abstracto de taller o mesa de diseño.

El otro fenómeno ha transformado la naturaleza del arte del siglo XX, al trasplantarle la ideología totalitaria del orden reclamado por la automatización laboral y la integración del hombre futuro en colectivos simétricos al Estado. Nació en Weimar, por impulso del arquitecto Walter Gropius, a fin de sintetizar el constructivismo soviético y la arquitectura calvinista mediante un regreso del arte a la geometría y a la artesanía de taller.

La Bauhaus de Weimar se inspiró en los gremios medievales de artesanos, y en los libros de Malevich, Mondrian y Doesburg, para reunir a los mayores talentos artísticos de Europa. En aras del funcionalismo interdisciplinar, cada uno enseñó en los talleres la disciplina que no dominaba, pidiendo a los estudiantes que ellos mismos buscaran materiales ordinarios para diseñar el entorno. No había jerarquía pedagógica. Los profesores sólo eran «maestros de forma». Paul Klee enseñó pintura sobre vidrio y tejido. Kandinsky, dibujo analítico. El escultor Marks, cerámica. El pintor Oskar Schlemmer, escultura y teatro. El genial Feininger, imprenta. El prodigioso fotógrafo húngaro Moholy-Nagy, materiales cotidianos y plexiglás. Malevich, El Lissitzky, Gabo y Doesburg conferenciaron sobre diseño de prototipos de arte constructivista.

La contrarrevolución del «bauhausismo», exportado a otras ciudades alemanas y estadounidenses, ha sido tan universal que sin ella no tendría explicación el cambio modernista sufrido por el urbanismo, el diseño, la publicidad y el arte de objeto. Surrealismo, expresionismo, neorrealismo e hiperrealismo han sido islotes de arte en el océano de la abstracción totalitaria que ahoga la estética de la belleza en talleres de artesanía.